



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60
Telégrafo: LIBROJA

Apartado 547. — Teléfono 1843
Horas: de 9 mañana a 4 tarde

CARAS BONITAS

SUMARIO

CÉSAR JALÓN

Sección vermouth

PEDRO DE RÉPIDE

La negra.

A. LARRUBIERA

El zapato de Karabín.

MIGUEL DE ZÁRRAGA

El drama de Iriarte.

F. DE LA ESCALERA

La venganza del sultán.

LUIS ESTESO

*...Y vamos tirando.

EMILIO SEGOVIANO

Amalia Molina.

OTELO, MON POL

Y TINO

Varios dibujos y retratos de

Elvira Ferrero y Pedro de
Répide.

ELVIRA FERRERO

Simpática cupletista que
debuta mañana en el
Teatro Romea.



5 cénts.

SECCION VERMOUTH

DICEN que en España —y puede ser que en el extranjero ocurra lo propio, es decir, lo ajeno— ponemos siempre los pies en pared cuando ya no es tiempo ni de ponerlos en polvorosa.

Algo de eso ha sucedido con el escandaloso negocio del tiro al blanco, que, no obstante haber nacido en el Retiro, ha logrado hacerse general, á punto que no hay en Madrid café, «bar», «tasca» ó garieto que no disponga de su correspondiente «club», con sus dos ó tres equipos de tiradoras.

Yo, que desde que sonaron los primeros

PUNTUALIZANDO



- ¿Qué es lo que te gusta más de mí?
- Los labios.
- ¡Sicalíptico!...

tiros, hice en mi interno los más fervorosos votos por que estas empresas se cayesen con todo el equipo —¡y eso que hay equipos que están como para caerse con ellos!—; yo, que me he rebelado para mis adentros contra este juego malabar hecho á la vista del público, no he podido, hasta hoy, dar gusto á la pluma con la misma fruición que las tiradoras le dan gusto al dedo, al ponerlo una y otra vez en el «disparadero».

No he podido, porque, en primer término, me dolía irrogar perjuicio á estas hermosísimas muchachas, que, entre otros ultrajes, soportan, á las veces, el de que las pongan «verdes»; y en segundo lugar, porque tenía pendientes unas peticiones de dinero que hice días atrás á varias de estas empresas.

¡Y es que, por lo visto, yo no he nacido para «estas empresas»!

Pero ha llegado la hora de tocar alto el fuego, y nosotros, con dar el toque, cumplimos.

El tiro al blanco es un juego de habilidad, que no de azar, ni de envite.

La «habilidad» consiste, naturalmente, en despojar al parroquiano, por un procedimiento legal, de todo su dinero; porque, como comprenderá el lector, en quitar el dinero á viva fuerza ó mediante artimañas castigadas en el Código, maldito si hay ninguna habilidad, ó hay, en todo caso, una habilidad muy relativa.

El tiro al blanco no es juego de azar, porque jamás corre la casa el riesgo de perder su dinero.

Y tampoco lo es de envite, porque, sabida la anterior circunstancia, dar «envites» al público supondría un ensañamiento ineficaz.

Pero en estos juegos —que, por esta vez, «andan entre bobos»— con los que tan bien parada sale la legalidad, pierden, y no poco, además de los jugadores, la moral y el sentido común. ¡Y conste que no he metido en cuenta el otro sentido á que se refería hace pocas noches un mi amigo, al

que el dichoso tiro le ha costado un sentido!

Padece la moral, porque nuevamente se ha puesto sobre el tapete —que yo no llamaré verde, porque en este estado de cosas, al «tapete verde» hay que darle «carta» de «cosa» decente—; porque, nuevamente, digo, se ha puesto sobre el tapete la cuestión de inmoralidad que se desprende del aprovechamiento del sexo débil, pero bello, para, poniendo á contribución el exhibicionismo de sus encantos externos, atraer al cándido transeunte, invitándole á que pique en éste ó en otro negocio de explotación.

¿Iria tanto público á los tiros si fuesen hombres los que tirasen? No. No iria «ni tanto, ni tan calvo», ya que no son pocos los viejos que se les cae la baba viendo tirar á las lindas *equipiè-res*.

Sin embargo, también los hombres sabemos tirar.

Padece, además, el sentido común, porque es inconcebible que la clase baja, que los infelices obreros á quienes les estaba principalmente vedado jugarse los jornales, puedan ahora, amparados por las

leyes de la nación, no ya jugárselos, sino dejarlos íntegros á beneficio de unas señoritas respetables de quienes ningún favor han obtenido, y, lo que es peor, á beneficio de la empresa, que, después del «invento», no necesitará ya ni jugar á la lotería, ni ir á Sierra Morena. ¡Para qué mejor lotería!

Y como ya le hemos dado á esto el anunciado toque, sólo nos resta dar un corte de mangas al artículo y un consejo á las tiradoras, porque al fin, á ellas nos les cabe —al menos eso creo yo— ninguna culpa, y

todo podría perdonarse si fuesen ellas las únicas gananciosas.

He aquí el consejo: Que cuando algunos «empresarios banqueros» pretendan descontarlas diez céntimos por cada tirada nula, se nieguen á pagar, diciendo: «Muy señor mío: si por cada «nula» de las que algún día haga usted tirando, le descontasen otro tanto, no pagaba usted ni con

CHIQUILLADAS



—Vamos, Elvirita, que ya tienes un padrastro en ciernes...
—En ciernes, no me importa. Mamá dice que lo peor es tenerlo en el dedo.

las ganancias de este negocio. ¡Eso por «descontado!»

CÉSAR JALÓN

Próximamente.

Un día y una noche en Londres

por Prudencio Iglesias Hermida

LA NEGRA

(Fragmento de la hermosa novela de este título que acaba de publicar Pedro de Répide.)

III

—¿Cómo te llamas?
—Antonio. ¿Y tú?
—Yo, Blanca.
—¡Anda, y antes que te he llamao yo negra!

—Seré la tuya.
—Ele.
—¿Dónde vives?
—Aquí al lao de la Ronda de Segovia. ¿Y tú?

—En la calle del Amparo.

—Lo que me está haciendo á mi falta. Un amparo adonde arriarme.

—Ahí tiés un farol.
—Da poca luz.
—¡Ab! ¿te hace falta mucha?

—No, chica. Es un decir. No creas que he venido á avasallarte.

—Hombre, ya me lo figuro. ¿Qué oficio tienes?

—Ebanista.
—Ya harás una cama de matrimonio.
—Y una cuna.
—Soy muy crecida.
—Bueno, la cuna para lo que resulte de la cama.

—Chico, vas al vapor.

—No, mujer; no frecuento ese café. Voy á San Isidro.

—Vaya, joven. Está usted de humor.

Y sin más ni más, agarróse bonitamente la Blanca del brazo del ebanista. A la claridad de un farol le miró las manos, y él apercibióse de la curiosidad.

—¿Qué miras? ¿A ver si son manos de trabajador? Ya lo ves claro. Los dedos, *coloraos* del barniz. Y que esto no se quita por mucho que te laves.

La Blanca, por sola contestación, apretó el brazo de él, arriándolo á su pecho. Ya eran íntimos amigos.

—¿Adónde quieres que vayamos? —preguntó él.

Y ella le contestó:

—Donde tú digas. Ya te has *apoderao* de mí; conque tú eres el que manda.

De haberse dejado llevar por el instinto la Blanca, que se sentía poseída por aquel hombre, á quien quería antes de hablar con él, y cuyo amor se alzaba en su vida como un álamo frondoso en la llanura yerma, hubiérale decidido de buena gana á que acudieran á buscar asilo en algún propicio cubil que no faltaba por aquellas cercanías.

Mas por lo mismo que le codiciaba, tiempo había: no quería precipitar su dicha. Placiale más saborear la despacito, recreándose en prolongar el encanto de la preparación. Bueno estaba lo otro para los primos que ella hacia de cuando en cuando caer, con el fin de proporcionar se la satisfacción, no sólo ya de alguna necesidad, sino de algún lujo. El cuidado y refinamiento en el vestir, que no podía resolverse con el jornal escaso que ella ganaba en casa de una modista, y en el que no podía ayudarla tampoco la vieja que la daba vivienda.

—¿Convidas á cenar? —dijo el Antonio.

—¿A cenar? —contestó con alegría la Blanca.

Indudablemente era una idea muy agradable. El prosiguió:

—Yo te convidaría; pero, chica, la verdad. Hemos *estao* jugando en el café, y me he *quedao* pero que sin una linda. ¿Y á ti, que tal se te ha *dao* el negocio?

—¿El negocio? ¿Pero tú por quién me has *tomao*?

Antonio la había tomado por lo que era en realidad. Pero ella tenía derecho á rechazar aquel supuesto, y sobre todo, ante aquel hombre que para ella era tan distinto de los demás. Él, que comprendió el

LOS NUESTROS



Pedro de Répide

Este gran escritor acaba de publicar LA NEGRA, novela madrileña que, con decir de quién es, no hay que añadir más sabiendo que se trata del amo en esas cosas.

mal efecto de su pregunta, volvió á decir:

—Bueno, ¿cenamos, ó qué? Otra vez te convidaré yo á ti.

¡Otra vez! Esa frase ponía una solución de continuidad en sus siguientes entrevistas, que ella hubiera querido no ver interrumpidas nunca. Pronto, temiendo que aquel hombre se le marchara en seguida, apresuróse á asegurarle.

—Natural que vamos á cenar. Pero antes tienes que acompañarme á que pasemos por mi casa. Luego iremos á donde quieras.

—Podemos ir á San Millán.

—No. Que va mucha gente. Quiero estar sola contigo.

—Y yo contigo; que vas á ser la mía.

—¿De verdad?

—¿Es que te engaño?

Y en aquel momento los ojos del mozo no mentan.

Fuéronse aprisa hasta la casa de ella, y Antonio esperó en la esquina mientras la Blanca subía sola á su cuarto, para bajar en seguida, después de dar un tiento á la cajita donde ocultaba sus breves reservas financieras. En cuanto se reunieron, ella le puso un duro en la mano:

—Toma, para que pagues tú, porque no está bien que vean que saco yo el dinero.

—¿Qué más da? ¿No somos matrimonio?

IV

Fué su cena nupcial en el rincón de un café solitario. Saboreada y prolongada con la delectación de un festín único. Ella iniciaba proyectos para continuar la fiesta antes de darle su deseado remate.

Había baile en Lo Rat Penat, y los arcos voltaicos encendidos sobre su puerta parecían como dos lunas menores entre la

DE LA BUENA SOCIEDAD



—Señorita, me veo muy honrado por su decisión de recibirme á solas.

—Caballero, la honrada soy yo.

—No lo he dudado nunca.

niebla confusa de la noche invernal. Blanca propuso que entraran; pero él no quiso.

—¿Es que temes que te vean conmigo?

—No, mujer. No es eso. Anda, vámonos á otro lado.

Dejóse ella conducir con el grato abandono y la dulce obediencia de mujer que en el encanto de someterse ponía su alma toda. Así andaba como si caminase á un mundo nuevo.

Bajaron hacia la Ronda lentamente, como si siguesen la senda que va á parar á lo infinito. Pasaba un simón, y le pararon. Era el cochero conocido de Blanca, y parecía serlo también de su cortejo, según el saludo amistoso que se cambió entre ellos.

LOS APACHES



—¿Por qué habrá dicho ese tirillas que parecemos una banda?

—No sé, chica. ¡Como no sea por los bombos!

—Hola, *ninchi*.

—Caramba, Salustiano. Vas a cargar.

—¿Es por mucho tiempo?

—Llévanos por las Rondas, sube luego por la calle de Toledo, y detrás de la plaza de la *Cebá*, nos dejas.

—Ya figo. Vais a la Costa.

—Bueno, anda, tira.

—Di que se trata de tí, y de que la que pasea es esta dama, que si no, ya me marchaba a encerrar.

—Anda, hombre, tira, que ya encerrarás.

—¡Cómo se conoce que sois los que vais a ir dentro! Que si os tocara ser el del pescante, no os correría tanta prisa.

Y el coche anduvo, pasando por delante de la verja de la Veterinaria, y las Américas, y el Matadero. Ya en la Puerta de Toledo, dijo la Blanca:

—Por ahí se va a tu casa, ¿verdad?

—¿Por dónde? —replió él confundido.

—Por ahí. ¿No dices que vives junto a la Ronda de Segovia?

—Ah, sí. Es verdad. Por ahí.

Y como si sintiera el haber incurrido en aquella confusión, repuso en seguida:

—Me traes tan loco, que ni siquiera sé por dónde vamos.

Llegados al lugar determinado para dejar el coche, pararon ante un tupí, donde fué el cochero convidado por la pareja feliz que había concurrido, y separándose, internó a la Blanca su hombre por una callejuela, a cuyo extremo, ante un portal tenebroso de una sórdida casa, ordenóla con un sereno imperio:

—¡Entral!

La Blanca, sin decir palabra, penetró en el angosto portallillo, y su amante detrás.

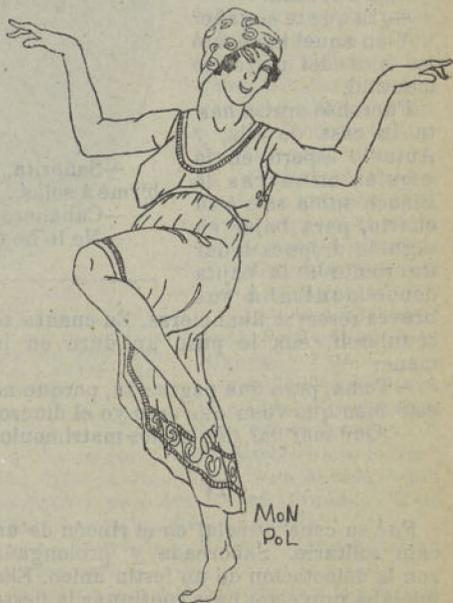
PEDRO DE RÉPIDE

Para toda clase de trabajos tipográficos, dirigirse a la

Imprenta de "Ediciones España,"

Paseo de las Delicias, 60.

ACTUALIDAD ARTÍSTICA



Tórtola Valencia.

Formidable danzarina, más discutida que cualquiera de nuestros presupuestos.

El zapato de Karabín.

I

El buen príncipe Karabín, de Finfalis, un viejo gotoso y asmático, más sordo que una tapia, ha cometido una

soberana tontería: se ha casado con la condesa de Walesky, mujer joven y hermosa. Los cortesanos murmuran del príncipe; pero se atiborran de lo lindo en el banquete nupcial y bailan como peonzas.

Walesky, radiante de belleza, ostenta sobre sus sienes la diadema del principado, riquísima joya formada por perlas y diamantes que no tienen la nitidez del cutis aterciopelado y terso de su poseedora, ni brillan como sus ojos negros.

Karabín está encantado: contempla a su futura como un *gourmet* a un plato exquisito.

El buen viejo parece ignorar que su estómago no está ya para ciertos manjares.

La princesa ríe como si una gran alegría inundase su alma: los cortesanos chichisvean que la Walesky ha realizado sus ambiciosas miras, pero que tal causa no es la que sólo regocija su espíritu.

Bajan mucho la voz, miran recelosos a una y a otra parte y se cuentan los unos a los otros sabrosísimas aventuras de la Walesky, en que danza su primo Tartín, gentilísimo joven que acaba de ser nombrado capitán de la guardia del príncipe.

En el mundo abundan los murmuradores; pero en los palacios lo son todos los cortesanos.

Karabín y su arrogante esposa se retiran a sus habitaciones: el pobre viejo quiere

andar con gallardía, y resulta feo y ridículo. Walesky, majestuosa, sonriente, alegre como si fuera a celebrar sus nupcias de amor con el elegido de su alma, se despide afectuosamente de los convidados, que doblan su espinazo ante los príncipes.

Una marcha nupcial, que parece un

COSAS DE LA VIDA



—Vamos, Lulú: usted es una francesilla muy guapa; pero Juanillo ha estado muy obsequioso.

—Sí, ¡mucho! Total, ha gastado dos duros en el palce y uno en convidarme a cenar.

—¿Y le parece poco? Pues si todas las francesillas se pagasen a tres duros, me hacía yo panadera desde mañana.

pasodoble torero, despide a los egregios cónyuges.

II

«¡Qué noche!... ¡Válgame el cielo!»... pudo muy bien lamentarse Karabín, si hu-

DEL TIEMPO MOZO



—¡Mirale qué guapo está!
—Pues el mío no es tan guapo; pero es muy cariñoso. Hoy me ha escrito diciéndome que se ha ido a un sitio de donde me va a traer un mantón.

biera sido español ó conociese *El puñal del godo*.

Pero como no concurrían en él estas envidiables circunstancias, al despertar dió un bostezo lo menos aristocrático posible, é impulsado por galantería, muy propia en un recién casado, intentó dar los buenos días á su señora con un ósculo.

Walesky, al sentir en la cara los ásperos bigotes del príncipe, murmuró somnolienta: —¡Tartín!...

Afortunadamente, el príncipe era sordo.

Karabin saltó del lecho y empezó á vestirse, sin reclamar el auxilio de la servidumbre.

Púsose las medias de seda, y después, naturalmente, los zapatos: calzóse el del pie derecho; al ir á hacer lo propio con el izquierdo, advirtió que le estaba estrechísimo.

¡Dios de Dios! El príncipe, estupefacto, llevósele á los ojos; el zapato era distinto al de su compañero.

Karabin, al cerciorarse de esto, sintió un escalofrío.

—¿Dónde está mi zapa-

to?... ¿De quién es este?... —repetía una y otra vez.

Puesto á cuatro pies como un animal cualquiera, registró la habitación, miró por debajo de la cama y de las sillas, detrás de los muebles... No encontró más zapatos que los muy coquetones de la señora princesa.

Tentado estuvo de vocear tamaña desaparición; pero desistió, por parecerle ridículo y denigrante.

Optó por sentarse malhumorado y sumirse en hondas meditaciones, puesta la vista en los

descabalados zapatos.

—Pues, señor —reflexionaba todo confuso, y en alta voz, sin percatarse de que Walesky, despierta, le oía atentamente—, la cosa es singularísima, extraordinaria, como un cuento de duendes... Estoy seguro de que anoche dejé yo los zapatos, como de costumbre, al pie de este sillón —y señaló el más próximo al lecho... —¿A qué obedece no encontrar más que uno?... ¿Y el otro?...

Volvió á llevarse á los ojos el zapato desconocido: era parecido en un todo á los que usaban los guardias palaciegos...

LA MÚSICA «GRANDE»



Postura que adoptarán las señoras en el palco mientras se representa *Maruxa*.

¿Había entrado alguien en la cámara nupcial aprovechando el sueño de los príncipes?... ¿Y quién era el osado, y á santo de qué se llevó el zapato de Karabín y dejó otro, el suyo, sin duda alguna?...

Ecco il problema.

Ni por un segundo cruzó por la mente del príncipe que la clave del enigma podría facilitársela Walesky.

Esta, azorada, oíale: la torpeza de Tartín comprometía á ambos primos terriblemente.

La casualidad tiene á ratos sus grandes humoradas, y ésta podría ocasionar una tragedia.

Karabín, cada vez más con furo, se levantó rabioso del asiento y arrojó los zapatos.

Al ruido fingió despertarse Walesky.

—¿Qué pasa, señor? — preguntó cándidamente.

Karabín le contó lo ocurrido.

—¡Es una gran infamia! — protestó á gritos la princesa, mostrándose indignadísima.

—¿Y no sospecháis el origen de ese cambio? ..

—¡No! ¡Mil veces no!...

—Pues yo, sí — afirmó Walesky con audacia

—¿Qué, lo sabéis?...

—Lo sé, señor, y pido castigo á la culpable como se merece por su criminal osadía... La duquesa Xilp, desechada, por que ambicionaba que vos la elevarais al rango de princesa, ha ideado villanamente, de acuerdo con alguno de la servidumbre, hacer ese infame trueque de zapatos para que á vuestros ojos apareciese yo infamemente mancillada... ¡Ah, señor: el plan estaba bien urdido!... Vos me repudiáis, y la duquesa encontraría libre el camino para reconquistaros.

Karabín, maravillado de la sutil penetración de su mujer, habíala escuchado con asombro: la lógica de sus razonamientos le dejó convencidísimo de que todo se reducía á una intriga palaciega.

Después de permanecer algunos minutos en silencio, meditando en aquella audacia sin nombre,

—Señora —dijo—, la inconcebible osadía de la duquesa será castigada.

En los ojos de Walesky fulguró por un segundo inmensa satisfacción.

Había vencido.

—Gracias, príncipe amado —dijo con sutilísima ironía.

CERVECERÍA INTERNACIONAL



—Aquí está, sir. ¡Es usted cortés como un perro!

—¡Oh! ¿Los perros ser corteses?

—Ya lo creo; como que siempre se ponen á los pies de su señora.

—¡Oh! Entonces, en Inglaterra ser aún más corteses!

La comprometedora inadvertencia del primito no pudo tener más felices resultados.

Y he aquí, señores, cómo por un malaventurado trueque de zapatos, fué desterrada una duquesa y despedida toda la servidumbre del ilustre Karabín...

ALEJANDRO LARRUBIERA

DE LO BUENO, POCO



El.—Si te parece, podemos ver una piecicita en el Cómico, y otra en Apolo.

Ella.—No; no me gusta ver dos piezas en una misma noche.

El drama de Iriarte.

IRIARTE nació dramaturgo... pero no escribe dramas.

Se contenta con planearlos en su cerebro de loco, ya que le sería imposible dar humana forma, ni siquiera en las cartillas, á sus fantásticos engendros.

Engendros que no sólo fueron hijos de la fiebre de un desequilibrado; nacían del ayuntamiento del vivir y soñar.

Vislumbraba Iriarte ante sus ojos, en tornados siempre, un viejo y una niña: un ocaso y un amanecer: «Aquí hay drama», se decía.

«¿Por qué esa muchachuela, apenas mujer, ha de apoyar su brazo en el de un hombre decadente? ¿Será su padre? Eso parece, y eso pensará cualquiera; yo, no. Han de ser esposos. Lo dice así mi fiebre. ¿Por qué no lo han de ser?»

Y el buen Iriarte seguía en pos de la

pareja, anheloso por sorprender una frase, una palabra, que revelara el enigma, si enigma puede existir en aquellos dos seres, que á todos, á la generalidad, nos parecieran hija y padre.

«Son matrimonio, y matrimonio desgraciado. Ella se mueve con marcada indolencia; siente el natural hastío de caminar junto á un decrepito, escarnio para la juventud potente. Esa niña, *sol que nace*, con lógica indiscutible, no puede ser fiel á su marido... Pero, Señor, ¿por qué las leyes humanas y divinas no han de prohibir los matrimonios desiguales?»

No de cansó jamás la exaltada imaginación de Iriarte.

Concurría á un baile, y el dramaturgo anotaba en su cerebro:

«El baile es un velo tendido á la impudicia. Bajo su máscara, sintiendo la lujuriosa ponzoña, las vírgenes gozan el primer enervamiento...»

Ante los clérigos se descubría con lástima.

«¡Pobrecillos! ¡Cuánto deben de sufrir con su eterna castidad! ¡Pobrecillos!»

Era un loco inofensivo; se limitó á discurrir extravagancias, lamentando que és-

INDIFERENCIA



—Señorita, dispéñseme usted; pero yo creí que la habían anunciado mi visita.

—Sí, sí me la han anunciado; pero yo me he quedado tan fresca.

tas no pudieran pasar de la modesta categoría de *fetos cerebrales*.

Iriarte se casó con hembra gentil, á quien doblaba la edad.

El buen hombre no recordó su teoría sobre los matrimonios, aunque mucho hubo de cavilar antes de la boda.

Pero... «un dramaturgo como yo ha de *vivir en drama*: procuraré la mayor felicidad para mi esposa, sin por esto dejar de vigilarla... Una mujer joven y no fea, casada conmigo, *sol que se pone*, debe ser vigilada siempre...»

Y un día, al año de casados, ella le dió la estupenda noticia: «Serás padre.»

«Pero, Señor, ¿por qué he de ser padre? ¡A mis sesenta y un años, no era de esperar tal cosa!...»

En la mente del viejo fulguró una idea que le desgarró el corazón ilusionado un momento.

«¿No he sabido vigilar?»

¡Pero si apenas se apartó de su lado!

Hizo examen de conciencia, y ésta le dijo, entre otras cosas: «Lo sucedido es improbable. Sin embargo, si tu mujer fué fiel, sufrirás tú las consecuencias, y el remordimiento alentaré en ti... ¿Olvidaste acaso que tu abuelo paterno murió tísico? ¿Y no tuvo también tu padre síntomas de la misma hereditaria enfermedad? Tú mismo, ¿no sientes en el pecho fatídica opresión? ¡Luego tú también llevas en ti los gérmenes malitos!... De ahí tu *clarividencia* para ver lo que no se ve: los dramas internos... Y tu hijo nacerá condenado, ¡condenado por ti, que eres su padre!»

Y el dramaturgo, ante lo inesperado, balbuceó contrito:

«¿Verdad, verdad, conciencia mía, que yo no soy su padre?»

Llamó á su mujer, honradísima para todos y aun para él mismo hasta la hora fatal en que se *presintió* padre, y el dramaturgo Iriarte suspiró con toda el alma.

«Si ella no confiesa la falta, soy hombre

UNOS VIENEN Y OTROS VAN



—Creo, Marciana, que t'has complicado la vida.

—No lo creas, porque como ha muerto mi suegro y estoy próxima á heredar, voy á tener al chico en grande.

perdido; moriré de remordimiento. Y si ella es culpable... ¿qué papel h'ice ante el mundo?»

«Aquí hay drama.»

Su mujer, ¡naturalmente!, negó haberle sido infiel.

«Ni de pensamiento, ni de palabra, ni de obra.»

Iriarte, desconsolado, enfermó; enfermó gravemente...

La honrada, temerosa por esta vez de que acertara la chifladura de su chiflado esposo, sufrió tanto como Iriarte, por su *non nato* vástago, y ni un instante se apartó del lecho donde sollecaba el dramaturgo su desdicha.

«¡Mujer! ¡Mujercita mía! ¿Verdad que me engañaste?»

No, no y no. ¿Por qué confesar ella una mentira?

«¡No lo niegues! ¡Si al morir te perdono! ¿Y si con el remordimiento me condeno?»

Ella se abrazó llorando al infeliz.

«¿Qué mayor y más clara prueba que ésta de tu falta? ¡Gracias, mujer mía, gracias! Muero contento... y te perdono! ¡No

DEL NATURAL.



—¡Será idiota este pintor! Vengo á ofrecerme de modelo con el mejor vestido, y me pregunta que si tengo buen desnudo...

pisará el mundo un hijo con mi maldita sangre!»

Y en voz baja, muy baja, sonriente á fin de felicidad, murmuró el demente:
«Aquí, ¡aquí sí que hay drama!»

MIGUEL DE ZARRAGA

La venganza del sultán.

I

MARÍA Teresa, la cautiva, la magnífica esclava española, que acababa de ser conducida al harem para satisfacer los seniles caprichos del sultán, entró en el baño por primera vez aquella tarde, y fué recibida por las demás mujeres con una mirada de hostilidad colectiva. Y era

un recelo disculpable y lógico el de las demás odaliscas, puesto que la española llegaba para restarles algunas de las escasas caricias varoniles de que podían las pobres disfrutar.

María Teresa lo comprendió; las saludó con una sonrisa indulgente, y empezó á desnudarse. Y cuando su túnica, desprendida del cuerpo, cayó sobre el jaspe del pavimento, los ojos brillantes de las moras se fijaron con envidia en aquel desnudo maravilloso.

—¡Por qué me observáis así, con miradas recelosas?... Hacéis mal. Mi deseo no es el de restaros felicidad; yo no quiero ser favorita. Debéis amarme; ¡estoy tan necesitada de cariño!...

Las moras no contestaron. María Teresa, en aquel delicioso rincón del alcázar, se veía como en un desierto: aislada... Entró en la gran pila de agua perfumada; bañó á placer su cuerpo, y, al salir del baño, se quedó sentada sobre el borde, triste, pensando...

LA ENSEÑANZA PRIVADA



—Como verán ustedes, aunque á esto le llaman estudio, aquí no «se enseña» nada de particular.

II

—¿Cómo amaré el sultán?—cavilaba.—¡Bah! le temblarán las manos y la voz; su cuerpo estará arrugado y seco; tendrá la espalda abarquillada, y sus besos dejarán huellas lustradas y repugnantes como la baba del caracol...

Y al pensar de esta manera, inadvertidamente tenía fija la vista en la arrogante figura del eunuco, quien, de pie y quieto, en actitud solemne, junto á la puerta, miraba á la española con mirada erótica, brillante, avasalladora.

—Si fuese siquiera así—pensaba la española—, como ese moro que está ahí de pie como un adorno...

El eunuco pareció adivinar los pensamientos de María Teresa, porque se sonrió con toda la boca, mostrando sus nacarados dientes. Después, cachazudamente, anduvo el moro hasta llegar al centro de la cámara, en donde estaba desnuda la española, y la dijo en tono sigiloso:

—Cristiana, eres arrogante, y tu cuerpo tiene las ondulaciones de la cebra; yo te quiero, yo te deseo: otórgame el maravilloso placer de tus caricias.

María Teresa le envolvió en una mirada de curiosidad, y le dijo:

—¿Para qué?

III

El eunuco está serio; el eunuco está triste; se ha realizado lo que él no esperaba: la española ha recibido amablemente la visita del sultán. Confiaba el eunuco en que María Teresa se rebelara; no fué así, y el pobre moro no podía ahogar su pena.

Hay dolores que dejan estela á través del tiempo.

Porque el eunuco había llegado á querer á la española extraordinariamente. ¡Oh! el cuerpo podrá castrarlo, sí; pero el alma...

LA MÚSICA «CHICA»



—Vamos, rica, apoquina para ir á la Zarzuela á ver esa obra de Merino.

—¿Pero á las diez de la mañana?

—¡Naturaca! Y si no la ponen á esa hora, la debían poner, porque por la mañana es cuando se «hacen las buenas obras».

IV

A los dos meses, la española, cansada ya de las caricias inútiles del viejo sultán, decidió acceder á los caprichos del eunuco.

—¿Pierdo, acaso, en el cambio?—pensó.— Ni pierdo, ni gano; pero siquiera, éste es joven, y es preferible...

Y á ciertas horas solemnes, silenciosas y sombrías, la española y el eunuco celebraban sus idilios misteriosos. La luna orlaba de luminarias tristes aquel tálamo de amores imperfectos...

V

Se enteró el sultán un día de este raro conato de adulterio. Y quiso vengarse. ¿Cómo? Así:

VI

... El eunuco está serio; el eunuco está triste...

Tiene las manos sujetas con grillos, y vive encerrado en una mazmorra.

A la hora del alba, cierto día le sacan de su prisión. Va una cohorte de moros delante, y él los sigue en silencio, mirando al suelo con tristeza infinita.

Ya sabe el eunuco adónde va; se lo han dicho al salir: va á que lo decapiten en la «Explanada de los Suplicios».

Pero él no se arredra; ¡oh! el corazón aún lo tiene viril. Busca consuelo en su

MIEDO «COLECTIVO»



—Diría que he sentido pasos... ¡Dios mío, no me importa que me roben; pero que venga un solo ladrón!

mente pensando en su amor. Se acuerda de la española. Y murmura:

—Es arrogante, y su cuerpo tiene las ondulaciones de la cebra; yo la quiero, yo la deseo; anhelo que me otorgue el maravilloso placer de sus caricias.

VII

La Explanada está llena de público. En la tribuna, el sultán contempla el acto.

Conducen al eunuco hasta el lugar de la

ejecución. El ejecutor, con el arma reluciente y afilada al hombro, espera. Se arrodilla el reo, inclina la cabeza sobre el tajo, levanta el verdugo el arma...

—¡Ya!

Dice una voz. El arma cae; pero no llega al cuello del eunuco: le dejan con vida.

El asombro de la multitud ante este simulacro de ejecución, es indescriptible; el pueblo ruge descontento.

VIII

... Se acerca el eunuco hasta el sultán.

—¿Por qué no me has matado? —le pregunta.

Y el emperador se digna contestarle lo siguiente:

—Porque no. Tú, desgraciado eunuco, no has hecho nada más que simular que me faltabas; por eso yo no hago nada más que simular que te corto la cabeza...

FRANCISCO DE LA ESCALERA

... Y vamos tirando.

El alcalde de Minaya le dijo un día á Bartolo, viéndole comer conejo:

—¡Caramba! si eres dichoso: ¿también comes tú gazapo?

—Hombre, claro que lo como; ¿ó se cree usted que no men conejo más que los tontos?

Porque llegaba el marido, don Tadeo se ocultó, burlado y escarnecido, en la caja del reloj.

Y el marido, sonriente, le dijo: —¿Qué haces, Tadeo? Y él respondió indiferente: —Me estaba dando un paseo.

Un niño dijo á su padre, que era cojo, manco y tuerto:

—Papá, si algún día falleces, vas á la gloria derecho.

—¿Por qué, rico?

—Porque tú eres un papá muy feo, y dice el cura que es raro el hombre que entra en el cielo.

Luis ESTESO

AMALIA MOLINA

Tiene tu cara morena
la gracia de Andalucía;
negros ojos de agarena,
boca sensual y bravía...

Como una sultana mora
llevada á un extraño suelo,
tu alma desterrada llora
por su sol y por su cielo...

Tú pones en tus cantares
dulzura, gracia, emoción...
sentimiento de pesares...
alegría de ilusión...

Junto á esa loca alegría,
una penita de muerte:
«... Granada, Granada mía,
¡ya nunca volveré á vertel!...»

Espuma de manzanilla
y suspiros de sultana:

tras la dulce *seguidilla*,
el llanto de una *Mariana*...

Canciones que son ensueños,
pregones que son canciones...
«... ¡Vivitos los boquerones
malagueños!...»

Todo el pecho hecho cantares,
todá el alma hecha canción:
granadinas... *soleares*...
¡sentimiento! ¡corazón!...

Quejas de tu alma, que llora
con amargo desconsuelo,
¡como una sultana mora
llevada á un extraño suelo!

EMILIO SEGOVIANO

Agentes exclusivos en Sud América

MASIP Y COMPAÑÍA

RIVADAVIA 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones «España» (S.A.)



¡Colosal obra erótica!

La noche de boda

CONTADA

por algunos casados y casadas

Relaciones verídicas y sensacionales del más puro naturismo.

Un magnífico tomo con cubierta en colores, UNA PESETA.

Pídase en todos los kioscos, librerías de España, América y á la Editorial Dep, Córcega 299, Barcelona, que lo envía franco contra su importe en sellos, etc.



Lea usted "Teatros y Salones,"

LA INGLESA

Primera casa en gomas
higiénicas.

MONTERA, 35, (Pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

Catálogo gratis enviando sello.

Viuda de José Lerín

Encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid. Abada, 22, tienda. Reparte toda clase de periódicos y revistas

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º



Almanaque "Cupido,, para 1915.

Se ha puesto á la venta este popular almanaque. Publica historietas alegres, poesías y cuentos picarescos, ilustrados con profusión de dibujos y desnudos artísticos.

Cincuenta cént. en toda España.

De venta en todas las librerías, centros de suscripciones y kioscos de periódicos de España y América. Remitiendo pesetas 0,75 en sellos de franqueo de España, ó por Giro postal, se enviará á quien lo desee dirigiéndose á la casa editorial de

B. Bauzá. Aribau, 175, Barcelona.



HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-musculares, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el **VIGOR SEXUAL KOCH** de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El **VIGOR SEXUAL KOCH** se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de **DEBILIDAD** se pida á la **CLINICA MATEOS**, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el **GRAFICO SEXUAL**, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

Antes, EN EL LECHO CONYUGAL y después!

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España.—En Madrid, Fé, San Martín, Puerta del Sol. Se remite por correo certificado, enviando 3 pesetas por Giro postal á *Archivo*. Apartado 432, Madrid.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

FRUTA PROHIBIDA



LOS QUINCE GOCES DEL MATRIMONIO

MISTERIOS Y SECRETOS DEL LECHO CONYUGAL (2 tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dólar.—Los pedidos, con su importe, diríjanse únicamente á *Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid* (Casa fundada en 1896).—*Biblioteca privada.*—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.—*Exportación por mayor, de Revistas Ilustradas y periódicos* á los señores libreros y Corresponsales de España y América.